

Mujeres en un estado ideal: la utopía romántica del fourierismo y la historia de las emociones*

Juan PRO RUIZ

Universidad Autónoma de Madrid

El historiador no busca solo un relato plausible de las experiencias humanas a lo largo del tiempo; busca también –y sobre todo– explicarlas a partir de sus causas. Por ello, son innovaciones historiográficas relevantes las que aportan herramientas para establecer relaciones causales antes insospechadas, explicando así lo que antes resultaba incomprensible. La historia de las emociones se sitúa en ese rango de aportaciones que están permitiendo a los historiadores profundizar en el estudio de los fenómenos hasta un nivel en el que aparecen nuevas explicaciones, que descartan o complementan a las que ya eran visibles desde otros enfoques. Preguntarse por las emociones lleva a penetrar en un tipo de motivaciones humanas anterior y más fuerte que las ideologías, las creencias o los intereses; un nivel que, si bien puede estar tamizado y condicionado por la educación, la socialización y la cultura, también está en la base de todos esos desarrollos intelectivos, aportándoles valores y reacciones a estímulos que se consideran naturales¹.

El presente artículo se interesa por el romanticismo, que marcó a varias generaciones del siglo XIX en Europa y América. Y plantea desde la historia de las emociones la posibilidad de considerarlo como algo más que un movimiento artístico, literario y cultural. Partiendo de la apelación de los románticos a una nueva forma de sentir y una nueva legitimidad de los sentimientos apasionados como guía para la conducta individual y colectiva, el romanticismo se presenta como un cambio de régimen emocional que pudo ser tan importante históricamente como las otras revoluciones de aquel tiempo, que transformaron el marco económico y político, dando paso al mundo contemporáneo. La propuesta se hace desde un estudio de caso: el de un grupo de activistas del llamado *socialismo utópico*, que acogió y difundió las ideas de Charles Fourier en la España de mediados del XIX. La aparición y características de este grupo en Cádiz, aparentemente insólitas en su contexto histórico, encuentran sentido, sin embargo, si se las relaciona con el régimen emocional que creó el romanticismo, desde el cual puede realizarse otra lectura de sus propuestas.

27



España romántica

La España del siglo XIX fue un prototipo de país romántico en Europa, por varias razones: por un lado, por la mirada de los extranjeros, que admiraban en España



Artículo recibido en 17-06-2015 y admitido a publicación en 20-07-2015.

*. Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto HAR2012-32713 del Plan Nacional de I+D+i

1. De ahí la conexión que la historia de las emociones establece con las neurociencias, así como los riesgos de esa conexión, como ha subrayado recientemente Jan PLAMPER, “Historia de las emociones: caminos y retos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 17-29, remitiéndose a Ruth LEYS, “The Turn to Affect: A Critique”, *Critical Inquiry*, 37/3 (2011), pp. 434-472.

el exotismo orientalizante de la herencia musulmana, pero también la pervivencia de tradiciones de un país predominantemente agrario, en el que todavía no eran tan visibles como en Inglaterra, Francia o Alemania las arrasadoras consecuencias de la industrialización, el orden burocrático y la disciplina capitalista. Los escritos de Richard Ford, George Borrow, Washington Irving, Théophile Gautier, Victor Hugo, Prosper Mérimée y muchos otros presentaron a España como un país de contrastes, de pasiones, de ruinas antiguas, de paisajes extremos, de influencias orientales, país de aventureros y conquistadores. Y, por ello, destino preferido de los viajeros románticos que, por decenas, lo recorrieron para plasmar en sus escritos la buena nueva de que aún existía en Europa un país diferente: un país brutal y salvaje, hecho de pasiones, que alimentaba a los espíritus inquietos aturridos por la burocratización de la vida moderna, la organización creciente de las sociedades occidentales más avanzadas y el pragmático materialismo que traían la industrialización y el capitalismo².

Las miradas extranjeras crearon una imagen de España exótica, radical, horriblemente bella, tremenda, luminosa y sombría a la vez, brutal, moderna en su arcaísmo, romántica en fin. Y, como en un juego de espejos, los artistas españoles de varias generaciones, a lo largo de todo el siglo XIX, se emborracharon del estilo romántico e hicieron de esta forma de sentir y de pensar una seña de identidad típicamente española. La agitada historia del país proporcionaba buenos materiales para ello, dado que el apasionamiento ideológico, tanto de los revolucionarios como de los tradicionalistas, había encontrado terreno abonado en España, generando luchas civiles adornadas por una violencia extrema y un fanatismo apto para cualquier exageración artística o literaria. Por otro lado, los contrastes del paisaje y la propia decadencia de un país atrasado que había perdido su imperio americano, suministraban a la imaginación romántica precisamente lo que necesitaba para huir de la monotonía de la vida cotidiana.

Ese estereotipo romántico de lo español, construido fundamentalmente por autores extranjeros que lo definían por contraste con sus propios países, arraigó en España y fue objeto de apropiación y reelaboración por parte de autores autóctonos. Los sucesivos exilios y emigraciones forzadas a lo largo del siglo XIX ayudaron a que muchos intelectuales y políticos españoles se relacionaran en Francia e Inglaterra con los círculos románticos de en los que esas visiones circulaban: ellos se convirtieron, a su regreso, en los importadores de estas visiones foráneas, al mismo tiempo que en promotores de los modelos de referencia francés y británico para cambiar las instituciones y las costumbres españolas. Una cosa iba con la otra: el viajero romántico europeo cargaba las tintas sobre los elementos exóticos y salvajes que apreciaba en España, para contrastar con la sana vitalidad y pureza de este país el adocenamiento y mediocridad de los suyos, demasiado ordenados y civilizados; y los intelectuales españoles tendían, al asumir la misma perspectiva estética y vital del romanticismo, a realizar la misma comparación en sentido inverso, mostrando cómo las características peculiares de la sociedad española la situaban en condición de atraso o de inferioridad con respecto a los modelos políticos y económicos de los países del norte, que proponían para imitar³.

2. Ian ROBERTSON, *Los curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España, 1760-1855*, Madrid, Editora Nacional, 1976; Carlos SERRANO, *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus, 1999; Rafael NÚÑEZ FLORENCIO, *Sol y sangre: La imagen de España en el mundo*, Madrid, Espasa Calpe, 2001.

3. Ricardo NAVAS RUIZ, *El romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1990.

El romanticismo conllevaba una exaltación de los sentimientos íntimos del individuo, que debían ser experimentados y expresados legítimamente de forma apasionada, espontánea y con la mayor sinceridad. La novela, el teatro y la poesía trabajaron ese sentimentalismo en todas direcciones, hasta imprimir en las conciencias de varias generaciones la idea de que la legitimidad de las instituciones políticas y sociales solo podía medirse por el grado de libertad que dejaban para la realización y expresión del yo más íntimo de cada persona, el núcleo emotivo del individuo, más profundo y más auténtico que su recubrimiento racional.

Como consecuencia de esa revalorización de los sentimientos personales, la experiencia emocional íntima fue postulada como la guía más segura para la acción: cada individuo, si quería vivir con autenticidad, debía tomar sus decisiones “escuchando a su corazón”. Y esto valía tanto para las decisiones de la vida privada como para las opciones políticas o sociales, en una época marcada violentas confrontaciones como las que marcaron las guerras napoleónicas, las guerras de independencia americanas o, en España, las guerras carlistas, el cantonalismo y las diversas revoluciones y contrarrevoluciones políticas del siglo. Una vez imbuido del estilo emocional del romanticismo, cada hombre o mujer debía actuar por sí mismo y en nombre de la adhesión más apasionada a unos principios.

Toda decisión y toda acción debían estar motivadas por el amor, la palabra clave del credo romántico, el sentimiento soberano con arreglo al cual debía reordenarse –o desordenarse– el mundo. Ya fuera amor a la patria, a la libertad, a un líder o a un credo político más o menos definido, había que dejarse guiar siempre por el amor, matriz de todos los demás sentimientos. Ese sentimiento maestro, al que había que entregar la vida, era el único capaz de determinar la dignidad de los actos ante el tribunal de la propia conciencia para el individuo romántico; y le llevaría a romper, si fuera necesario, con todos los compromisos que se le opusieran desde el entorno familiar, las conveniencias o la vigilancia social de las instituciones represoras heredadas del pasado. De hecho, el sentimiento demostraría su pureza enfrentándose a ese tipo de ataduras tradicionales para vencerlas, afirmando la plena autonomía del individuo y la fuerza invencible del “corazón”.

Una exaltación de los sentimientos como aquella no nació de la lectura de ningún tratado filosófico; no podía hacerlo. Nació de la reeducación sentimental de Occidente en torno al concepto del amor romántico como principio que afirmaba la soberanía del sujeto individual y reordenaba el espacio público y privado en torno a él. Los instigadores del cambio, que dieron lugar a esa nueva percepción sin pretenderlo, fueron los escritores y artistas románticos de las primeras generaciones, en las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX, a quienes podemos concebir como una verdadera comunidad emocional, minoritaria primero y más extensa después, a medida que avanzó el siglo.

Entre las peculiaridades de aquel nuevo régimen cultural y emocional que era el romanticismo se hallaba también la de dar carta de naturaleza a lo femenino como una forma de sensibilidad legítima, capaz de desafiar patrones establecidos y de asomar la escritura y el arte a nuevas e insospechadas dimensiones⁴. Lo romántico aflora así, en escritores de ambos sexos, como una forma trágica de asumir la propia vida, que

4. Susan KIRKPATRICK, *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de València, 1991.



legítima al autor o a la autora para proponer desde la autenticidad una crítica ineludible de la sociedad de la época, de sus valores morales y sus estructuras políticas.

El cambio cultural de la primera mitad del XIX entrañó, pues, un cambio de régimen emocional, cuyas consecuencias alcanzaron a todos los órdenes de la vida y no solo a la producción de obras artísticas o literarias. Ese cambio fue especialmente brusco y profundo en España, en la medida en que las elites intelectuales del país asumieron como propio el sistema de valores que el romanticismo proponía, erigiéndolo en modelo de identidad nacional.

Socialismo y romanticismo

En el marco del especial régimen emocional creado por el romanticismo fue posible la aparición del socialismo, que implicaba una crítica al capitalismo desde las fuertes emociones que causaba la contemplación de la pobreza, la explotación, la injusticia y las desigualdades creadas por el funcionamiento del mercado libre y por el desarrollo industrial. En los primeros pasos de la crítica socialista contra el orden burgués hay un lenguaje fuertemente emocional y un diseño de alternativas utópicas, que encontramos en los textos de Fourier, Owen, Saint-Simon, Proudhon, Cabet... Estos, que Engels llamaría en 1880 socialistas *utópicos*, lo eran sin duda, aunque la etiqueta pierda valor analítico en la medida en que Marx y Engels pretendían oponerla a la de socialismo *científico*, aplicada a su propia doctrina⁵. Pero también eran, y en mayor medida, porque es lo que explica en qué marco cultural y emocional tenían sentido sus planteamientos, socialistas *románticos*, como han preferido denominarlos algunos autores⁶. La utopía, como expresión de un sueño de armonía social y de felicidad colectiva no empañado por compromiso alguno con las limitaciones de la realidad material, tenía un encaje especialmente favorable en el mundo poético de los románticos; y por ello muchos de aquellos primeros socialistas concibieron utopías que constituyen obras de arte totales, capaces de circular con éxito de un país a otro. Sin el terreno abonado del romanticismo, hubiera sido muy difícil no ya que se concibieran aquellas utopías socialistas, sino sobre todo que hubieran encontrado un público dispuesto a escucharlas, crearlas y trabajar por su improbable puesta en práctica.

De entre aquellos primeros socialistas, cada uno de los cuales tuvo su correspondiente escuela de seguidores, el más propiamente romántico fue Charles Fourier. En él, en efecto, encontramos un sistema alternativo basado en las pasiones, que la sociedad de su tiempo reprimía y que él pretendía liberar y dejar expresarse con naturalidad en las futuras comunidades ideales. En la obra de Fourier, el más utópico y soñador de los socialistas románticos, el pilar sobre el que se debe asentar el orden social es el conocimiento y respeto de las pasiones individuales.

Fourier denunciaba la alianza de dos de los factores de la producción –el capital y la ciencia– en detrimento de un tercero, el trabajo, que había quedado subyugado y expropiado del fruto de su esfuerzo. La ciencia, según él, se había puesto al servicio del

5. Friedrich ENGELS, *Del socialismo utópico al socialismo científico: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, San Sebastián, Equipo Editorial, 1968.

6. El término de “socialismo romántico” lo toma Pierre Luc ABRAMSON, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX* (México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 13) de la introducción de Barbosa LIMA SOBRINHO al libro de 1855 del general fourierista brasileño José Ignacio ABREU e LIMA, *O socialismo*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1979, pp. 19-20.

capital, que era quien en el mundo moderno dictaba la legislación en beneficio propio. Esta era la fuente del agudo conflicto social que crecía sin parar. A pesar de haber nacido en una familia de comerciantes –lo cual, dicho sea de paso, le proporcionó los medios económicos para poder dedicarse al desarrollo de su pensamiento–, tuvo el muy romántico gesto de declararle odio eterno al comercio y a todo lo que implicaba. La civilización moderna, basada en el capitalismo industrial, le resultaba detestable en su conjunto; y, no contento con buscar la manera de acabar con la pobreza, la injusticia y la explotación, buscaba algo más ambicioso, un diseño enteramente nuevo del mundo, en el cual los hombres y las mujeres pudieran vivir felices⁷.

En su busca de un ideal de armonía, que reconciliara la existencia de la propiedad privada con una distribución justa de la riqueza social, Fourier halló la clave para construir esa sociedad futura en las pasiones. Indagó sobre las pasiones de los hombres y de las mujeres y creyó descubrir una ley universal por la que tales pasiones podían reconciliarse, lográndose con ello la sociedad armónica y feliz que perseguía. Y en función del objetivo de armonizar las pasiones, diseñó un modelo de comunidad perfecta. Toda la arquitectura de la sociedad futura, por lo tanto, se basaría sobre el descubrimiento fundamental que Fourier compartía con la primera comunidad emocional de los románticos de primera generación, que era la fuerza de las pasiones humanas, valoradas por primera vez como virtudes y no como vicios que hubiera que reprimir.

El amor a la Humanidad que late en los escritos de Fourier y de sus seguidores les llevó a confiar en el corazón de los seres humanos hasta un punto que hoy, desde fuera del estilo emocional del romanticismo, parece ingenuo. Creían que la superioridad del modelo social que representaba el falansterio resultaba tan evidente que no sería necesario emplear la fuerza ni conquistar el poder para que triunfara, sino que bastaría con ir fundando comunidades ideales de este tipo para que el ejemplo cundiera y el resto de la humanidad acabara copiando su forma de convivencia en armonía.

Su utopismo no conocía límites: todo le parecía posible. Así, por ejemplo, Fourier consideraba que, más allá de los defectos concretos de la organización social, era el planeta Tierra en su conjunto el que estaba enfermo; pero que él podía actuar como un médico capaz de encontrarle curación. Para devolver al mundo su fuerza primitiva, había que rejuvenecerlo, regularizar las estaciones y mejorar los terrenos, y eso se conseguiría por medio de una corona boreal, una especie de anillo semejante al de Saturno que se fijaría en el Polo Norte, disolverá el hielo y haría navegable el Océano Glacial Ártico: los naranjos florecerían en Siberia, el agua del mar sería dulce, la vida humana se prolongaría, las personas adquirirían sentidos hasta ahora desconocidos, y finalmente tendríamos una luna nueva, en vez de ese satélite decrepito con el que hasta ahora nos hemos tenido que contentar. Cuando leemos esto en la primera obra importante de Fourier, que es de 1808⁸, comprendemos que se trata de ese mismo *espíritu poético* al que se referían los románticos de primera generación como contraseña para pertenecer a su comunidad emocional, enfrentada al mundo sórdido de los *filisteos*: lo de Fourier era poesía, en aquel sentido puro del romanticismo inicial, como deleite de lo sublime y denuncia de la fealdad de la vida ordinaria.

7. Jonathan BEECHER, *Charles Fourier: The Visionary and His World*, Berkeley, University of California Press, 1990; Émile LEHOUCQ, *Fourier o la armonía y el caos*, Barcelona, Labor, 1973.

8. Charles FOURIER, *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*, Barcelona, Barral, 1974.



Fourier confiaba en el corazón humano y en la posibilidad de resolver los problemas sociales mediante la *asociación*, un tipo de asociación pensada para que las personas puedan llevar una vida enteramente libre y feliz. Para ello, en lugar de reprimir los impulsos naturales de hombres y mujeres, propuso valorarlos como algo positivo, estudiarlos y organizar las cosas de manera que los diferentes temperamentos y las diferentes pasiones humanas se combinaran, equilibraran y complementaran entre sí. La base para esta organización sería esa comunidad ideal que Fourier llamó unas veces *falansterios*, otras *falanges*, *remolinos* o *tribus*, aunque fue el primer nombre el que tuvo más éxito posterior, tanto entre sus seguidores como entre sus detractores. Quizá este éxito se deba al eco que la palabra falansterio tiene de *monasterio*, otro tipo de comunidad cerrada ideal con el que frecuentemente ha sido comparado, y en el que tal vez se inspiró Fourier, admirador nostálgico de algunos aspectos idealizados de la Edad Media, como muchos románticos de su tiempo.

El falansterio lo describió Fourier en una obra de 1829 como una comunidad de unas 1.600 a 1.800 personas, que conviven en un complejo arquitectónico que les permite poner en común su trabajo y sus recursos para sacarles más provecho. Los habitantes, llamados *armonistas* o *trabajadores asociados*, tienen asegurado en el falansterio su sustento, vivienda, vestido y todo lo necesario. La miseria está abolida, gracias a las economías de escala que resultan de la cooperación, economías que asegurarían la prosperidad de estas comunidades básicamente agrícolas, pero que asegurarían también, por el mismo principio, un crecimiento económico ordenado del conjunto de la humanidad, capaz de liberarla del temor a la escasez. El crecimiento vendría no solo de las ventajas de la cooperación, sino también de la motivación en el trabajo, ya que al facilitar a cada persona la dedicación para la que se sienta más inclinada por sus capacidades, todas las tareas se harían con gusto, como la práctica de una afición, y se pondría en ellas cuidado y ahínco. En el falansterio el trabajo es un placer que enriquece al que lo desempeña; y para evitar la monotonía que podría causar disgusto incluso en el más bello de los trabajos, se ofrece la posibilidad de cambiar de tarea cada dos horas, de manera que se reanimen el interés y el celo. Organizados los falansterios en *grupos* y en *series*, lo que se establecería sería una competencia creativa y pacífica, por la cual el trabajo se haría más productivo. Y Fourier confiaba ciegamente en que este nuevo régimen de vida y de alimentación produciría incluso cambios orgánicos en el cuerpo de hombres y mujeres, transformándolos en una especie superior mucho más fuerte⁹.

En un mundo así, los conflictos armados desaparecerían por sí solos y reinaría la armonía, cuidadosamente planificada por Fourier al analizar los tipos de pasiones que anidan en el corazón de los hombres y de las mujeres, y establecer el número exacto de personas de cada tipo que debería haber en cada falansterio para evitar desequilibrios o conflictos. Sólo la emulación creativa recordaría la idea de competencia. Pero nunca esta competencia se dirimiría ya por la violencia; Fourier llegó a imaginar confrontaciones gastronómicas entre comunidades y entre países cuando quisieran medirse unos con otros, confrontaciones ideales que culminarían en la gran batalla de repostería que serviría para dirimir el choque entre los imperios.

Y es que la gula, como la lujuria, se encuentran entre las pasiones que Fourier rescata de la represión universal a la que las han condenado las religiones y los moralismos. Hay, sin embargo, como en la mayor parte de los miembros de la primera

9. Charles FOURIER, *El nuevo mundo industrial y societario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

comunidad emocional romántica, una profunda religiosidad en Fourier, aunque una religiosidad inconformista, trascendental e intimista. Puesto que las pasiones las ha creado Dios –dice Fourier–, son naturales, son legítimas, y sería una impiedad el ofrecerles resistencia. La verdadera sabiduría consiste en sucumbir a la atracción de las pasiones, brújula permanente que Dios ha puesto en cada ser humano para orientarlo. Por eso, por ejemplo, diseña para el falansterio un sistema educativo basado en permitir a los niños expresar libremente sus impulsos. Por lo mismo, en el falansterio se estimula y se honra la glotonería, necesaria para dar salida a los productos de una economía cada vez más eficaz, evitando el espectro de las crisis de subconsumo. Y por lo mismo, también, la libertad sexual es una norma básica de los falansterios: la pasión del amor no debe ser cortada ni escondida, sino estimulada. Cada hombre y cada mujer deben tener relaciones sexuales con tantas personas como quieran: es no solo un derecho, sino un deber impreso en el ser humano por Dios al dotarle del deseo. El falansterio es, pues, una comunidad promiscua, aunque ordenada, ya que se clasifican las relaciones de pareja en varios tipos a los que se da distinta validez legal; y así hay en el falansterio esposos y esposas, padres y madres, favoritos y favoritas, y cada uno de estos títulos conlleva un cierto grado de compromiso, fidelidad y derecho a la herencia.

Se dice que Fourier concibió este delicado aspecto de la sociedad futura como consecuencia de una estancia en casa de su hermana, en la que entabló una misteriosa relación con sus sobrinas. Tras descubrirlas entregadas a ciertos excesos sexuales, como el de compartir las caricias de un mismo hombre, Fourier reaccionó de manera distinta a como lo habrían hecho la mayoría de sus contemporáneos. Reflexionó sosegadamente sobre el deseo sexual, sobre su fuerza en los seres humanos y sobre la posibilidad de emplearlo para generar un mundo de armonía basado en el amor, donde fuera posible sentirse feliz en plena libertad¹⁰.

Las propuestas que salieron de ese tipo de reflexiones resultaban escandalosas en la Francia de la primera mitad del siglo XIX, y también en los demás países, en un entorno en el que no sólo las ideas concretas de los fourieristas, sino incluso el tono con el que se expresaba la comunidad emocional del romanticismo, no eran dominantes. Eran propuestas difíciles de digerir: no solo las de la comunidad igualitaria y cooperativa, sino sobre todo la convalidación moral de las pasiones y la conclusión final que pedía la plena libertad sexual. Una libertad sexual que iba acompañada de la plena igualdad de género, pues Fourier fue de todos los socialistas el que más hizo suya la causa de la emancipación de la mujer. De hecho, es a él a quien debemos la doctrina, repetida luego por muchos a lo largo del siglo XIX, de que el grado de civilización de una sociedad puede estimarse por la condición que la mujer tiene en ella. Una luchadora hispano-franco-peruana como Flora Tristán, ecléctica admiradora de Fourier, por ejemplo, tomó de él esa idea¹¹.

Las ideas de Fourier fueron acusadas de corroer la moral imperante y de disolver cimientos del orden social tan esenciales como el matrimonio o la familia tradicionales. La censura se cebó con ellos, empezando por la propia familia del maestro, que destruyó aquellos testimonios de sus experiencias y reflexiones que creían más disolventes desde el punto de vista moral y que, por lo tanto, eran motivo de vergüenza para la familia entera. También censuraron al maestro, y esto resulta más llamativo, sus propios

10. Mario VARGAS LLOSA, “Charles Fourier (1772-1837)”, *Letras Libres*, 2003.

11. En el Prefacio a su obra de 1833-34: Flora TRISTÁN, *Peregrinaciones de una paria*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2003.



discípulos, incluidos los más allegados, como Víctor Considérant¹². Creyendo proteger la imagen y el núcleo esencial de las doctrinas de Fourier, tales discípulos procuraron no difundir los textos en los que incidía más en la libertad de costumbres y en el fomento de las pasiones. Particularmente, el libro más logrado y más importante de Fourier, *El nuevo mundo amoroso*, cuyo manuscrito de 1816 permaneció oculto hasta que, en vísperas de mayo de 1968, fue descubierto y publicado¹³. Pero lo mismo podría decirse de su hilarante *Jerarquía de cornudos*, que permaneció oculta hasta los años veinte¹⁴.

Fourieristas en España: Cádiz romántico

Las ideas de los socialistas utópicos llegaron a España y encontraron seguidores en el país romántico por antonomasia. Pero unas tuvieron más éxito que otras, y las de Fourier destacaron por el número y dispersión geográfica que alcanzó en España la *escuela societaria*. También tuvo una incidencia importante, sobre todo en Cataluña, la llamada *escuela icariana*, que seguía las ideas de Cabet¹⁵. Los brotes saintsimonianos fueron mucho más aislados¹⁶.

El movimiento fourierista español tuvo su principal foco de difusión en torno a Cádiz, ya desde los años treinta del siglo XIX, gracias a la propaganda de Joaquín Abreu, alcalde de Tarifa durante el trienio revolucionario, que hubo de exiliarse en Francia en 1823 y allí conoció a Fourier y sus discípulos¹⁷. Tras regresar a Cádiz empezó la propaganda fourierista en periódicos locales y también de Madrid y Barcelona, desde 1835. Pronto aparecieron seguidores por toda la provincia de Cádiz, como Manuel Sagrario de Veloy, Pedro Luis Huarte, Faustino Alonso, José Demaría... Dos generaciones sucesivas de fourieristas gaditanos hicieron esfuerzos por traducir al español –y a un lenguaje comprensible por las mayorías– los complicados textos doctrinales de Fourier, pensados para un público selecto y cultivado, y todavía hoy oscuros en ocasiones para los lectores.

Este grupo de fourieristas nos llegó ya deformado por la interpretación del primer historiador del socialismo español, si se puede llamar así a Fernando Garrido. Este activista demo-republicano publicó en 1870 una *Historia de las clases trabajadoras* en cuyo capítulo XVI se hacía eco de las actividades de Abreu y de sus seguidores a favor de las ideas socialistas tal como las había concebido Fourier¹⁸. De

12. Jonathan BEECHER, *Victor Considerant and the Rise and Fall of French Romantic Socialism*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 2001.

13. Charles FOURIER, *Le nouveau monde amoureux*, París, Anthropos, 1967, ed. de Simone DEBOUT-OLESZKIEWICZ. Hay traducción española, algo posterior: Charles FOURIER, *El nuevo mundo amoroso*, Madrid, Fundamentos, 1975.

14. Charles FOURIER, *Hiérarchie du cocuage*, París, Éditions du Siècle, 1924, edición de René MAUBLANC.

15. Alfonso SÁNCHEZ HORMIGO, “Fourieristas y cabetianos”, en *Economía y economistas españoles*, vol. 5: *Las críticas a la economía clásica*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 1999, pp. 581-610.

16. Antonio ELORZA, *Socialismo utópico español*, Madrid, Alianza Editorial, 1970; Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *Utopías, quimeras y desencantos*, Santander, Universidad de Cantabria, 2008.

17. Una presentación general del grupo gaditano en el contexto del fourierismo internacional, en Juan PRO, “Thinking of a utopian future: Fourierism in 19th century Spain”, *Utopian Studies*, 26/2 (2015), en prensa.

18. Fernando GARRIDO, *Historia de las clases trabajadoras*, Bilbao, Zero, 1970, 4 vols.

hecho, el propio Garrido era, en parte, discípulo del grupo y heredero, en una tercera generación ya, del fourierismo gaditano, que hibridó con otras tradiciones de pensamiento y de lucha por la emancipación de las clases trabajadoras. La visión de Garrido, destacando la labor de los prohombres gaditanos del fourierismo, a quienes tal vez veía como precursores de su propia figura, postergó a las mujeres que, de forma muy destacada, tuvieron protagonismo en aquel movimiento y que sólo recientemente han empezado a ser rescatadas del olvido: Margarita López Morla de Virués, Margarita Pérez de Celis, María Josefa Zapata, etc. Unas mujeres cuya relevancia conocía de primera mano, ya que –como veremos– participó personalmente en las actividades de propaganda del grupo femenino gaditano. Porque, efectivamente, uno de los aspectos más desafiantes del fourierismo español fue el protagonismo activo que tuvieron en él este grupo de mujeres gaditanas, que imprimieron al movimiento una huella con matices específicamente femeninos.

En la primera generación de fourieristas de Cádiz, es la figura de Margarita López Morla la que debe compartir el protagonismo con personajes como Abreu o Sagarrio de Veloy. Pero, tratándose de una generación educada en los valores de la Ilustración y que, en gran medida, actuaba aún según parámetros culturales propios del siglo XVIII, no es de extrañar que la aportación de Margarita se centrara en crear y sostener un espacio en el que las ideas avanzadas sirvieran de marco para la sociabilidad y la propaganda de sus partidarios. Ese espacio, ubicado en su propia casa, existía ya antes de la Guerra de la Independencia, y era una tertulia literaria y política, la más activa del muy activo Cádiz de entonces. La tertulia se trasladó durante la guerra a Jerez de la Frontera, y allí siguió primero la radicalización política de Margarita, después su adhesión al socialismo fourierista y finalmente una evolución conservadora no contradictoria con lo anterior¹⁹.

Margarita López Morla sería exponente de una rama relativamente conservadora del fourierismo europeo, que hacía hincapié en los métodos pacíficos de la transformación social que pretendían, mediante el ejemplo y la convicción. En esta rama, presente también en otros países, se aprecia la otra cara del fourierismo, como un artefacto intelectual destinado a poner fin a los conflictos agudos desatados en el plano socioeconómico por el capitalismo y en el plano político por el liberalismo. En esa búsqueda de fórmulas para recomponer unanimidades, López Morla, como muchos otros, rescató ideas del pasado y concibió soluciones netamente conservadoras, como hicieron otras ramas del socialismo utópico, especialmente los saintsimonianos. Pero lo hizo prestando una atención especial al papel de las mujeres, a las que concedía un papel protagonista en la organización del futuro. Margarita escribió el texto *Una palabra a las españolas dirigida por una compatriota*, que se publicó en 1841 en Barcelona, como anexo a la traducción de un texto del fourierista polaco Jan Czynski: *El porvenir de las mujeres*²⁰.

El grupo fourierista gaditano fue uno de los que respondieron en todo el mundo al llamamiento de Czynski, a comienzos de los años cuarenta, a fundar falansterios sin seguir esperando a que se dieran condiciones que tal vez no llegarían nunca. Aquel

19. Juan Luis SÁNCHEZ VILLANUEVA, “Una tertuliana. Una fourerista: Margarita López de Morla”, en Gloria ESPIGADO TOCINO y María José DE LA PASCUA SÁNCHEZ (comps.), *Frasquita Larrea y Aherán: europeas y españolas entre la Ilustración y el romanticismo*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, pp. 157-180.

20. Jean CZYNSKI, *Porvenir de las mujeres*, Cádiz, Vda. de Comes, 1841. Las mujeres de *El Pensil de Iberia* harían una segunda edición de esta obra en 1858.



llamamiento dividió al movimiento fourierista entre los seguidores de Considérant, volcados hacia la acción política, y los de Czynski, los llamados “realizadores”, que se pusieron manos a la obra con el proyecto –siempre fallido– de poner en marcha un falansterio como el que el maestro Fourier, fallecido en 1837, había soñado. Se planearon o incluso se llegaron a fundar comunidades fourieristas en Francia, en Argelia, en Brasil, y también en España. Sagrario de Veloy fue el promotor de estos intentos españoles, primero en Jerez de la Frontera (1841) y luego en Cartagena (1844)²¹.

El fracaso de los experimentos comunitarios utópicos llevó a una reconciliación de las dos ramas en que se había escindido el movimiento societario. Considérant mismo se avino en 1855 a intentar crear en Texas su propio falansterio, que tampoco funcionó²². Y en todas partes, los decepcionados focos de realizadores dejaron paso a un mayor énfasis en la propaganda, la organización y la acción política, que prepararan a la sociedad para entender y aplicar los ideales fourieristas. En el caso de España, esto significó la llegada de una tercera generación, casi exclusivamente femenina, que rescató el movimiento fourierista del fracaso cosechado con el intento de fundar el falansterio de Tempul junto a Jerez. Desde 1856 el fourierismo gaditano estuvo sostenido por los periódicos que estas mujeres publicaron por espacio de una década.

El foco fourierista gaditano ha sido estudiado desde que los movimientos de mayo de 1968 despertaran el interés por la imaginación utópica. Y así se han referido a él, desde el trabajo pionero de Iris Zavala *Románticos y socialistas*, en 1972²³, hasta los de Antonio Elorza, Clara Lida, Jordi Maluquer y Antonio Cabral²⁴. Más recientemente, desde el interés por los estudios de género, historiadoras como Gloria Espigado y María Dolores Ramírez Almazán han reparado en la importancia del protagonismo femenino en aquel grupo, que los primeros trabajos habían pasado por alto.²⁵

Lideradas por María Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis, aquellas mujeres se mostraron activas desafiando los convencionalismos de una pequeña ciudad de provincias de mediados del XIX. Llegaron a publicar hasta cinco periódicos sucesivos, empezando por *El Pensil Gaditano. Periódico de Literatura, Ciencias y Artes*. Siguieron luego con *El Pensil de Iberia. Periódico de Literatura, Ciencias, Artes y*

21. Manuel Sagrario de BELOY, *Proyecto de falansterio para el sitio de Tempul*, Cádiz, Impr. “El Nacional”, 1842. La presentación y discusión del proyecto, en ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE CÁDIZ, Fondo Sociedad Económica de Amigos del País de Cádiz, Expedientes y Oficios, 1818-1856, Caja 3.415.

22. Victor CONSIDERANT, *Au Texas*, París, La Librairie phalanstérienne, 1854; Victor CONSIDERANT, *Du Texas : premier rapport à mes amis*, París, Librairie sociétaire, 1857.

23. Iris M. ZAVALA, *Románticos y socialistas: Prensa española del XIX*, México, Siglo XXI, 1972.

24. ELORZA, *Socialismo utópico español*; Clara E. LIDA, *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888): textos y documentos*, Madrid, Siglo XXI, 1973; Jordi MALUQUER DE MOTES, *El socialismo en España, 1833-1868*, Barcelona, Crítica, 1977; Antonio ELORZA, *El Fourierismo en España*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975; Antonio CABRAL CHAMORRO, *Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourierismo gaditano, 1834-1848*, Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 1990.

25. Gloria ESPIGADO TOCINO, “La Buena Nueva de la Mujer-Profeta: Identidad y cultura política en las fourieristas M. Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis”, *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, 7 (2008), pp. 15-33; María Dolores RAMÍREZ ALMAZÁN, “Rosa Marina, La mujer y la sociedad”, en *Donne, Società e Progresso*, Roma, Aracne, 2009, pp. 10-40.

*Teatros; El Nuevo Pensil de Iberia. Periódico de Literatura, Ciencias, Artes y Teatros; El Pensil de Iberia. Revista Universal Contemporánea; y finalmente La Buena Nueva*²⁶.

La razón de estos cambios de título en la cabecera de sus periódicos tiene que ver con la censura, que persiguió a estas publicaciones tanto desde las instituciones civiles como eclesiásticas, acusándolas de ser escandalosamente inmorales y de socavar los fundamentos del orden social. Pero también tiene que ver con las enormes dificultades económicas y sociales para sacar adelante publicaciones minoritarias en una pequeña ciudad de provincias donde la vigilancia cotidiana sobre las conductas, y en particular sobre la conducta de las mujeres de clase media, era asfixiante. De hecho, María Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis, escritoras por vocación, no consiguieron nunca vivir de sus escritos, y hubieron de ganarse la vida desempeñando oficios manuales como los de costurera, bordadora o cigarrera. Coherentes con su lucha por la independencia de la mujer, nunca se casaron, vivieron solas, arrojaron dificultades económicas incontables y murieron en la mayor de las miserias. Para hacernos una idea, cuando una de ellas, María Josefa Zapata fue perdiendo la vista y llegó a quedarse casi ciega, les fue necesario recurrir a una colecta pública en 1863 a través de un anuncio en el periódico *La Violeta* de Madrid para pagar la operación de cataratas²⁷. Estas pistas sobre el modo de vida de las escritoras que sostuvieron las diversas ediciones de *El Pensil* nos las muestran como una verdadera comunidad emocional.

Una comunidad emocional de feministas románticas

La revista quincenal que se publicó en Cádiz bajo varios títulos sucesivos entre 1856 y 1866 respondía al impulso de María Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis; pero en ella participaban también otras mujeres (Rosa Butler, Aurora Naldas, Adela de la Pesía, Ana María Franco, Ángela Arizu, Adela de la Peña, Joaquina García Balmaseda, María García de Escalona...), así como una firma que aún se discute si respondía a una mujer en concreto o se trataba de un seudónimo para alguna de las mencionadas o para el resultado del trabajo conjunto de dos de ellas: Rosa Marina²⁸. En las cinco versiones sucesivas de la revista colaboraron también firmas masculinas, de personajes tan destacados como Fernando Garrido, Francisco Pi y Margall o Roque Barcia.

La dimensión de género resulta aquí crucial, por la capacidad que estas mujeres demostraron para proponer, desde los parámetros fundamentales que les ofrecía la obra de Fourier, un discurso y una práctica de emancipación de la mujer. Estas no sólo firmaban con su propio nombre las colaboraciones en *El Pensil*, contrariamente a una práctica frecuente que imponía a las mujeres la modestia de no firmar sus textos o tomar

26. No existen colecciones completas de esta revista en todas sus épocas. Pero pueden reconstruirse con los números existentes en la Hemeroteca Municipal de Madrid, la Biblioteca del Casino Gaditano y los legajos de expedientes de censura de prensa del Archivo Histórico Provincial de Cádiz.

27. ESPIGADO, “La Buena Nueva de la Mujer-Profeta”, pp. 20-21.

28. Juan PRO, “Romanticismo e identidad en el socialismo utópico español: buscando a Rosa Marina”, en Isabel BURDIÉL y Roy FOSTER (eds.), *La historia biográfica en Europa: nuevas perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, 289-320.; RAMÍREZ ALMAZÁN, “Rosa Marina, La mujer y la sociedad”.



prestado el nombre de sus compañeros para darles credibilidad²⁹. Además, en su contenido, combatían el ideal femenino del *ángel del hogar* y defendían un modelo de mujer activo, con derecho a trabajar fuera de la casa, criticaban la institución del matrimonio y la familia burguesa, e incluso abordaban con inteligencia el tema tabú de la prostitución. Incitaban a las mujeres a desafiar el orden doméstico establecido, al tiempo que llamaban a los trabajadores a asociarse formando uniones estables. La asunción de los principios fourieristas en un tono marcadamente romántico era consecuencia de una valoración de las dimensiones sentimentales y emocionales del ser humano, que probablemente les llevó a explorar las posibilidades que ofrecía el espiritismo, como hicieron otros movimientos contestatarios del siglo XIX, tanto en España como en América Latina³⁰. Con tal grado de transgresión, aderezada con denuncias contra la hipocresía moral de la sociedad (por ejemplo en el tema del adulterio) y con un tono exaltado en el entusiasmo por el amor carnal, no es de extrañar que la revista fuera perseguida por la censura, con multas y cierres que explican en parte sus continuos cambios de título.

Fue de este círculo fourierista predominantemente femenino arraigado en Cádiz de donde surgió el primer libro feminista de la historia de España, en 1857: *La mujer y la sociedad*, firmado, precisamente, por la misteriosa Rosa Marina³¹. El hito es de una importancia crucial, puesto que es anterior en decenios a otras obras similares, como las de Concepción Arenal, que se suelen considerar iniciadoras del feminismo en España. Y en ella están ya los ingredientes básicos del feminismo moderno, centrado en denunciar la explotación, la discriminación y el sometimiento de la mujer en una sociedad injusta. Fernando Garrido, aun no reconociendo la deuda intelectual que contraía con su autora, reprodujo la práctica totalidad de su contenido en el ensayo que dedicó al tema de la condición femenina dos años después³².

Mientras que los dirigentes varones del fourierismo español hablaban de incorporar a la mujer a la nueva sociedad armónica como mera transmisora de valores a los hijos y no como agente de su propia emancipación, el libro de Rosa Marina rompía con esa lectura patriarcal, dominante entre los fourieristas respetables. En un tono abiertamente vindicativo, reclamaba su derecho como mujer a protestar, a hablar en público, a escribir. Y utilizaba ese derecho para clamar porque las mujeres salieran del encierro doméstico y dejaran de estar apartadas de la vida activa en lo político y en lo intelectual.

En aquel libro se hacía del matrimonio de conveniencia la clave de los ataques contra el orden patriarcal establecido: el tipo matrimonio con el que se fundaban la mayor parte de las familias era equiparado con la prostitución desde una perspectiva sentimental, porque violentaba la libertad de las mujeres y les impedía vivir

29. Carmen DE LA GUARDIA HERRERO, “La violencia del nombre. Mujeres, seudónimos y silencios”, en Pilar PÉREZ CANTÓ (ed.), *El origen histórico de la violencia contra las mujeres*, Madrid, Dilema, 2009, pp. 201-239.

30. Lisa ABEND, “Specters of the Secular: Spiritism in Nineteenth-Century Spain”, *European History Quarterly*, 34/4 (2004), pp. 507-534.

31. ROSA MARINA, *La mujer y la sociedad*, Cádiz, Imp. de La Paz, 1857.

32. Fernando GARRIDO, “La mujer”, en *Obras escogidas de Fernando Garrido, publicadas e inéditas, precedidas de un prólogo de D. Francisco Pi y Margall*, Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1859, pp. 253-291.

sinceramente su amor. De aquella aberración venían, según la autora, todos los problemas de la sociedad moderna.

Naturalmente, el libro recorría también otros tópicos del discurso reivindicativo femenino, muchos de los cuales habían sido ya frecuentados por autoras anteriores, como el de recordar la nómina de mujeres que habían destacado en las artes, en el pensamiento, en la religión o en el desempeño del poder a lo largo de los siglos. Reivindicaba también la equiparación intelectual de hombres y mujeres, pues teniendo similares capacidades, ambos debían tener acceso libre e igual a todas las formas de educación, a todas las carreras, las profesiones y los puestos en la sociedad. Pero, por encima de esos temas, sin duda polémicos aún en la España de mediados del XIX, la parte final del libro se atacaba contra el matrimonio de conveniencia, porque veía en él el núcleo duro del sometimiento de la mujer y la clave de todo un orden social injusto. Descubrimos en la diatriba de Rosa Marina contra los matrimonios convenidos, que eran la norma en su tiempo, la bandera principal del grupo gaditano, que en todos sus escritos hacía girar en torno a esa cuestión su posicionamiento como comunidad sentimental militante.

Por ejemplo, vemos ese tema en el folletín por entregas que escribió Margarita Pérez de Celis bajo el título de “Lucha de amor y deber”, en el que una joven imbuida de lecturas románticas acepta por respeto a su padre casarse con un marqués amigo de éste por el que no siente amor. Como era de esperar, el matrimonio la hace desdichada hasta que, buscando refugio en la música, entabla amistad íntima con su joven profesor. Los dos se enamoran perdidamente y se debaten entre la idea de escapar juntos y el sentido del deber que les impide hacerlo. Es una trama típicamente romántica de amor imposible, que termina mal, con ella encerrada en un convento y él a punto de ser ajusticiado por un crimen del que se le acusa injustamente; pero lo que importa es que en la base de las tensiones que mueven el relato está la infelicidad causada por un matrimonio de tipo clásico, en contraste con el amor verdadero³³.

El amor es de hecho el concepto que domina el lenguaje y el estilo del grupo, como sentimiento maestro que educa en la sensibilidad romántica y que permite discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso. Un artículo en concreto, María de Zamora, inauguró una de las etapas de *El pensil* exaltando a dos columnas en toda la primera página de su primer número “El amor”, ya desde el título. La exaltación sin límites de la pasión amorosa representa una bandera y una declaración de intenciones del grupo. Las primeras palabras suenan como un lema de la sensibilidad romántica: “¡Amor! Mágica palabra, sentimiento sublime, divino anhelo que elevas el alma como en etéreas nubes a los umbrales del emperio...”

Y así sigue:

El egoísmo hace fingir amor a la doncella que busca marido.

El egoísmo hace fingir amor al hombre que busca el oro de alguna rica heredera.

El egoísmo lleva al templo al hipócrita.

Pero ni el marido, ni la rica dote, ni la falsa oración dan a los egoístas la felicidad, que huye horrorizada de la intranquila conciencia del egoísta.

Amor, solo tú eres grande, santo y poderoso para hacer felices a los humanos.

Quien te niega, no solo niega la virtud, niega también la vida, niega la felicidad³⁴.

33. *El Pensil de Iberia*, 25-26-27 (1857); y *El Nuevo Pensil de Iberia*, 1 (1857).

34. *El Nuevo Pensil de Iberia*, 1 (1857), pp. 1-2.



Sin embargo, en el primero de los periódicos del grupo, *El Pensil Gaditano*, que se editó de finales de 1856 a febrero de 1857, no aparecen referencias a Fourier ni a las doctrinas socialistas: se trata de una publicación literaria, llena de poemas y algún texto en prosa del más exaltado tono romántico, entre los que se insertan ocasionalmente escritos de reivindicación femenina; pero no hay artículos políticos. Tampoco en el libro de Rosa Marina hay doctrinas socialistas ni profesión de fe fourierista. Por el contrario, Rosa Marina recrimina a todos los pensadores y activistas progresistas –sin excluir a Fourier ni a ningún otro– el haberse olvidado de la cuestión de género, en la que sitúa la clave de los problemas sociales del siglo XIX³⁵.

Esto nos muestra que no se trataba en principio de un grupo fourierista, sino de una comunidad emocional romántica, que en virtud de la nueva sensibilidad que unía a sus miembros, dio pie para abordar la cuestión de los derechos de la mujer desde una perspectiva nueva; y solo *a posteriori* encontraron una afinidad de planteamientos con la escuela fourierista, que les llevó a asumir esa bandera. El romanticismo, como estilo emocional, revalorizaba el papel de las mujeres, a las que se reconocían cualidades especiales por lo que se refiere a la intuición, el sentimiento y la pasión. Lo que en otras épocas había sido un estigma que descalificaba a las mujeres para ciertas responsabilidades, especialmente en el espacio público, resultaba ahora una superioridad, dado que el romanticismo preconizaba un estilo de vida guiado por ese tipo de emociones que se venían considerando típicamente femeninas.

40

El romanticismo supuso para estas mujeres un instrumento de empoderamiento, que las animó a tomar en serio sus propios deseos de libertad y de amor, lanzándose a la escena pública mediante la escritura. Al poner las pasiones en un pedestal, como virtudes y valores que debían ser objeto de aprecio y guiar la acción humana, el género femenino, tradicionalmente definido por los varones como el género dominado por las pasiones, pasaba a tener un lugar de privilegio en la nueva comunidad emocional. La sensibilidad femenina pasó a gozar en estos círculos de un cierto respeto, cuando no admiración. Y aparecieron escritoras y poetisas a las que, mal que bien, se aceptaba en los círculos artísticos y literarios.

La escritura se convirtió en un canal por el que algunas mujeres especialmente dotadas o audaces podían acceder al espacio público, posicionarse y reclamar una voz propia. Las mujeres que sostuvieron los periódicos fourieristas de Cádiz fueron ejemplo de esta voluntad de participar en las luchas sociales al tiempo que reivindicaban sus derechos, con la escritura como principal y casi única arma. Rosa Marina lo entendió así, al pronunciar al final de su libro un vibrante llamamiento a las mujeres escritoras para que encabezaran la lucha de todas las mujeres por su emancipación:

Ni la causa que defiende es nueva, ni carece de distinguidos partidarios, de elocuentes defensores [...].

Continuar tan santa empresa, trabajar por tan noble causa, es una misión digna de todo corazón generoso, de todo espíritu elevado, de toda conciencia pura, y para quienes sobre todo es un sagrado deber tremolar la bandera y marchar en primera línea de la vanguardia de las falanges del progreso, atacando con vigorosa mano las últimas trincheras, tras de que se guarecen la ignorancia, la rutina, la superstición y el fanatismo, que se oponen a su realización, son esas mujeres privilegiadas, poéticas, novelistas y autoras dramáticas, cuyo fecundo numen encontraría en estas ideas inmensos raudales de inspiración, principio de nuevas formas y de originales concepciones.

Solo por este camino pueden llegar a la verdadera gloria [...].

35 ROSA MARINA, *La mujer y la sociedad*, pp. 3-4.

A la obra pues, y de hoy más, ennoblecida vuestra pluma por la sublime misión a que la consagréis, la utilidad de vuestras empresas literarias realzará los divinos destellos del genio, y las cultas combinaciones del arte que brillan en vuestras obras³⁶.

En esa comunidad de quienes habían abrazado el estilo emocional del romanticismo, cabían personas de muy distinta orientación. No solo la misteriosa Rosa Marina –existiera o no como persona de carne y hueso– a quien Margarita Pérez de Celis alababa por su “alma de fuego” y no por estar especialmente de acuerdo con sus doctrinas. De ella dice que era una de esas personas que acudieron espontáneamente a colaborar en la revista. Pero algo parecido podría decirse de otras escritoras que aparecieron en las páginas de *El Pensil*, por ejemplo de Rosa Butler, poetisa originaria de Jaén, con cierta celebridad por su poemario *La noche y la religión* (1849). También la almeriense Ana María Franco, entonces poco conocida, pero que lo sería más tarde por sus obras de teatro de tono cómico, como *Un novio tartamudo*, cuyo tema, de forma nada sorprendente, es el conflicto entre el matrimonio acordado al que un padre quiere someter a su hija y el amor romántico de esta por un joven sin recursos ni alcurnia³⁷. O también la joven madrileña Joaquina García Balmaseda, que por entonces tenía apenas veinte años, pero que más tarde sería conocida por sus escritos sobre la educación de la mujer³⁸. Todas ellas, como otras de las que tenemos menos datos (Aurora Naldas, Adela de la Pesia, Ángela Arizu, María García de Escalona...) escribieron poemas en las páginas de *El Pensil*, a donde acudían reconociéndose en el estilo emocional que la publicación representaba.

Fue en el cambio a la segunda época de la revista en agosto de 1857, cuando empezó a llamarse *El Pensil de Iberia*, cuando el tono pasó a ser más político y las dirigentes del grupo le imprimieron la huella de las convicciones fourieristas que, sin duda, habían adoptado. Desde entonces, en las páginas de los sucesivos *pensiles* encontramos, además de las composiciones poéticas de antes y los alegatos por los derechos de la mujer, artículos de personajes destacados de la militancia democrática o republicana, como Francisco Pi y Margall, Roberto Robert o, sobre todo, Fernando Garrido y José Bertolero. Estos dos últimos, gaditanos y candidatos habituales en las listas electorales del Partido Demócrata (fundado en 1849), tuvieron un protagonismo especial en el apoyo al periódico de las mujeres fourieristas.

Vemos que fue la asunción de un estilo emocional determinado –el del romanticismo– el que llevó a estas mujeres a evolucionar hacia el feminismo y a confluir con las ideas del socialismo utópico, y no al revés. Fue su entrega sin condiciones a la idea romántica del amor como quintaesencia de la pasión humana lo que las hizo sensibles a un discurso político que enfatizaba precisamente la valoración positiva de las pasiones y las erigía en principios básicos para organizar la sociedad futura.

Y es que las propuestas de Fourier no parecían tanto ideas políticas, socialistas o del tipo que fueran, como emocionales. Si para las escritoras románticas de Cádiz a las

36. *Ibidem*, pp. 30-31.

37. Ana María FRANCO, *Un novio tartamudo. Comedia en un acto, original y en verso*, Almería, Imprenta de D. Mariano Álvarez y Robles, 1863.

38 Dolores THION SORIANO-MOLLÁ, “Joaquina García Balmaseda: una escritora isabelina al servicio de la mujer”, *Anales de Literatura Española*, 23 (2011), pp. 381-403. Íñigo SÁNCHEZ LLAMA, “Joaquina García Balmaseda”, en Íñigo SÁNCHEZ LLAMA (ed.), *Antología de la prensa periódica isabelina escrita por mujeres (1843-1894)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2001, pp. 221-241.

que nos hemos referido, estas ideas resultaron atractivas porque daban cobertura en un sistema general de pensamiento a la forma de sentir que ellas habían asumido como propia, para los adversarios del movimiento también eran esas incitaciones al apasionamiento y al gobierno de la conducta por los sentimientos las que resultaban difíciles de digerir. De ahí que el Negociado de prensa del Gobierno provincial de Cádiz, en su demoledor informe de 1866 sobre *La Buena Nueva*, apuntar hacia las dimensiones no expresamente políticas de los artículos que publicaba como las más peligrosas.

El funcionario encargado del informe, un tal Valderrama, reconocía no entender del todo los argumentos ideológicos de la publicación, por ejemplo al analizar el artículo titulado “Sistema societario”, aparecido en el número 10, que el Negociado calificaba como un

inmenso cúmulo de desatinos mal zurcidos por alguna imaginación enferma [...], original colección que por sí sola sería suficiente para poblar todos los manicomios de España si, desgraciadamente, no fuera tan reducido, como debe serlo, el número de lectores de esta publicación³⁹.

En general, el contenido de *La Buena Nueva* le parecía un conjunto de “monstruosidades” y “desatinos”, aunque afirmaba no haber tenido valor para leer enteros los números recibidos. E, ignorante del lenguaje y los fundamentos de la doctrina de Fourier, reconocía no haber comprendido el significado de ninguno de los artículos que hablaban del “sistema societario”, como aquel que le llamaba la atención por lo misterioso –para él– de su título: “Las tres pasiones distributivas o resortes orgánicos de una serie apasionada”.

El hecho de que el funcionario, por cuyo texto deducimos que era culto y habituado a una lectura analítica, no comprendiera la doctrina fourierista, ni siquiera en las versiones simplificadas que publicaba la revista con fines de divulgación, nos alerta sobre la acogida que estas ideas podían tener en la ciudad: ciertamente muy limitada, como el censor apuntaba con sarcasmo. Pero es importante subrayar que junto a esa reconocida incompreensión, sí veía con claridad que la revista de las mujeres fourieristas era vehículo de propuestas y actitudes que iban más allá de lo ideológico, como las que identificaba erróneamente con el espiritismo. Cádiz fue, en la década de 1850, el foco principal del espiritismo en España: allí se publicó un libro que pretendía demostrar la fundamentación de la doctrina fourierista mediante el método de las *mesas parlantes*, de moda entre los espiritistas de la ciudad⁴⁰. Según Valderrama, “La Buena Nueva es el órgano de una sociedad de espiritualistas que, tiene entendido, existe aún en esta

39. ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE CÁDIZ, Fondo Gobierno civil, leg. 124, exp. 31 “Expedientes de Imprenta, 1865-1903: La Buena Nueva, 1866”.

40. Hipólito REGNAUD, *Mancomunidad: vista sintética sobre la doctrina de Ch. Fourier*, Cádiz, Imp. Librería y Litografía de la Revista Médica, 1854, con un apéndice del traductor (Israim) titulado “Explicación psicológica sobre las mesas parlantes. Confirmación de la teoría cosmogónica de Carlos Fourier y de su sistema de asociación sacada por medio de dichas mesas”.

Capital, y que manejando con sin igual destreza los trípodes y palanganeros, han ocasionado males de mucha entidad a personas muy conocidas”⁴¹.

En esa línea, el informe del Negociado de Prensa, nos da la clave del sentido que una revista como esta tenía en la capital gaditana en las décadas centrales del XIX, que era el de una apelación antes estética y sentimental que propiamente política, y fuertemente marcada por la dimensión de género. Por ejemplo, llamaba su atención un poema de Margarita Pérez de Celis publicado en el nº 8, titulado “A mi soñado bien”, subrayando que en su última estrofa “ha dado rienda suelta a su numen, prorrumpiendo en estos versos *femeninos* (subrayado en el original):

No, no, soñado bien, no quiero verte...
 No te acerques jamás si yo te llamo...
 Más allá de la muerte...
 Te diré al poseerte
 Si es que este fuego celestial me inflama,
 ¡Ven a mí! ¡Ven a mí! ¡Cómo te amo!

El censor descalificaba el poema diciendo que “estos no son versos” –y ciertamente, sobre la calidad literaria de este y otros poemas de *El Pensil* nada puede alegarse–, pero consideraba perseguible por las autoridades el tipo de “estupendas barbaridades” que contenía, “entre las que descuella el irreligioso concepto de creer que después de la muerte pueda existir otro amor que el divino”. Sostener, aunque sea en un registro lírico, la grandeza del amor y suponerlo capaz de sobrevivir a la muerte le parecía al Negociado materia suficiente para pedir al Fiscal de Imprenta la revocación de la licencia de *La Buena Nueva* y remitir la publicación al obispo, ya que en su opinión varios de sus artículos “no solo no pueden ser aceptados por nuestra Santa Religión, sino que deben ser anatematizados”.

Emociones románticas

Lo que estaba en juego en la aventura de estas mujeres de los *pensiles* (y de su epígono *La Buena Nueva*) era el romanticismo: ellas lo habían asumido hasta sus más profundas consecuencias y, coherentes con sus implicaciones emocionales, habían pasado de lo estético a lo ético; así habían llegado al socialismo y a Fourier, haciéndose propagandistas de una causa fundamentalmente sentimental, cuya bandera era el amor. Esto nos lleva a replantearnos qué era el romanticismo, ya que, desde luego, no era un movimiento cultural cualquiera. Sin duda estamos necesitados de una revisión del concepto de lo romántico, que lo haga menos ambiguo, sin dejar de reflejar lo que los propios románticos se representaban de sí mismos como individuos y como generación⁴². Algunos conceptos acuñados por la historia de las emociones pueden resultar de utilidad para avanzar hacia una reevaluación en términos emocionales del

41. La apreciación del Negociado, que establecía un vínculo entre fourieristas y espiritistas, explica que relacionara a *La Buena Nueva* con un folleto recogido por orden del Fiscal de Imprenta en 1857 y que figura en el expediente siguiente del mismo legajo: leg. 124, exp. 32: JOTINO y ADEMAR, *Luz y verdad del espiritualismo: opúsculo sobre la exposición verdadera del fenómeno, causas que lo producen, presencia de los espíritus y su misión*, Cádiz, Imprenta de D. Filomeno Fernández de Arjona, 1857.

42. Rüdiger SAFRANSKI, *Romanticismo: una odisea del espíritu alemán*, Barcelona, Tusquets, 2009; Hugh HONOUR, *El Romanticismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.



siglo XIX y, en particular, de lo que significó el romanticismo⁴³. El ejemplo del fourierismo gaditano sirve para sostener la propuesta de concebir el romanticismo como algo más que un movimiento cultural, por la fuerza con la que apeló a transformar los niveles emocionales de la realidad. Sería, en ese sentido, un fenómeno emocional.

Un primer concepto relevante para este análisis es el de *comunidad emocional*, que acuñó Barbara Rosenwein. La comunidad emocional es un “grupo en el que la gente adhiere a las mismas normas de expresión emocional y valoriza –o desvaloriza– las mismas emociones relacionadas con ellas. Pueden existir –y de hecho suelen existir– más de una comunidad emocional al mismo tiempo, y esas comunidades pueden cambiar a lo largo del tiempo”⁴⁴. El trabajo que, a partir de ese concepto, propuso Rosenwein, consiste en identificar, en cada época histórica, las diferentes comunidades emocionales que existen, quiénes forman parte de ellas, y cuáles son las normas emocionales que comparten y las emociones que valoran de forma similar.

Se puede, quizá, ir más allá de lo que Rosenwein propone en sus trabajos, y utilizar el concepto de *comunidad emocional* en un sentido más amplio. Para ello habría que recuperar el sentido de *comunidad* de Tönnies, como el modo de estructuración social opuesto a la mera *asociación*, de la que se distingue por la fuerza de los vínculos que unen a sus miembros. Mientras que las relaciones asociativas son de carácter racional, estratégico e instrumental, las relaciones comunitarias son de carácter orgánico, afectivo y personal. En la asociación priman los intereses y los cálculos; mientras que una comunidad, que es un grupo más sólido, está unida por vínculos de carácter emotivo⁴⁵. Toda comunidad histórica, por tanto, puede ser vista como una comunidad emocional; pues para que surjan esos vínculos de carácter afectivo que unen a los grupos más cohesionados que podemos encontrar, es necesario que sus miembros compartan unos cánones sobre los afectos y emociones que se pueden expresar y los que no, así como sobre el valor, intensidad y sentido que se les concede a cada uno.

Desde esta perspectiva, el concepto de comunidad emocional nos ayuda a identificar cómo en los orígenes del movimiento romántico fueron pequeños grupos de intelectuales los que desafiaron las reglas establecidas en cuanto a la manera de vivir y expresar los sentimientos, proponiendo nuevos modelos estéticos y morales. Aquellos primeros círculos seminales del romanticismo se comportaban como verdaderas sectas, comunidades emocionales cuyos miembros se reconocían unos a otros como igualados por una forma pasional de sentir el mundo y diferenciados violentamente del resto de la sociedad, a la que despreciaban por asumir otros patrones.

Si el concepto de *comunidad emocional* puede servir para explorar los inicios del romanticismo, para una etapa más avanzada de su historia puede ser más productivo el concepto de *estilo emocional*. Este concepto se lo debemos al trabajo de Peter N. Stearns sobre el siglo XX, aunque no es el único autor que lo ha aplicado⁴⁶. Hablar de

43. Un resumen reciente de la trayectoria seguida por la historia de las emociones, así como sobre los conceptos fundamentales que aporta para el análisis, pueden verse en la obra de Jan PLAMPER, *The History of Emotions: An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

44. Barbara H. ROSENWEIN, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 2007, p. 2.

45. Ferdinand TÖNNIES, *Comunidad y Asociación: el comunismo y el socialismo como formas de vida social*, Barcelona, Península, 1979.

46. Peter N. STEARNS, *American cool: constructing a twentieth-century emotional style*, Nueva York, New York University Press, 1994.

estilos emocionales lleva a interesarse menos por el quién –al que se refieren las comunidades de Rosenwein– que por el cómo: aquí la pregunta fundamental sería cuáles son los estándares emocionales colectivos de una sociedad; y, en la medida en que esos estándares cambian de un lugar a otro, de un tiempo a otro, abordar el estudio dinámico y comparativo de los diferentes estilos emocionales en la historia⁴⁷.

Este concepto nos permite plantear que el romanticismo fue, ante todo, un *estilo emocional*. A partir del momento en que adquirió una aceptación hegemónica la forma que los románticos proponían de evaluar los sentimientos, definir su papel en el espacio público y privado, y canalizar su expresión legítima, se impuso un régimen emocional nuevo, que condicionó la vida política y cultural de Europa y América. Seguramente en grados diversos y con matices diferenciales según los lugares y los escenarios concretos: no se trata de imaginar un mundo romántico sin fisuras. Pero sí pueden rastrearse indicios de ese cambio en el estilo emocional en los primeros decenios del siglo XIX y postular que la nueva sensibilidad fue fundamental para definir los valores por los que se rigió la reorganización de la vida no solo literaria y artística, sino también política, económica y social a lo largo de la mayor parte de la centuria.

Esto nos lleva al tercero de los conceptos que podemos utilizar para este nuevo acercamiento al romanticismo desde las emociones. El concepto de *régimen emocional* de William Reddy fue creado, precisamente para abordar el estudio de la época de las revoluciones y evaluar aquellos procesos desde una nueva perspectiva; es decir, para ser aplicado al mismo periodo en el que surgió y comenzó a desarrollarse el romanticismo⁴⁸. Reddy creó el concepto de *emotives* (hasta ahora sin traducción al castellano), que serían los actos de habla que expresan emociones. Esos enunciados emocionales se rigen por ciertas normas que, en cada momento y en cada lugar, regulan qué *emotives* son lícitos y cuáles no lo son. Vemos que aquí aparece una visión normativa, desde arriba, ligada a algún concepto de autoridad o de orden: puede haber regímenes emocionales tolerantes o más estrictos; y estos últimos restringen las condiciones de autoconocimiento y las elecciones vitales, por lo que producen sufrimiento emocional. El concepto de *navegación emocional* o navegación de los sentimientos, que da título al libro de Reddy de 2001, tiene que ver con ese diferente grado de libertad emocional que definen los regímenes. Puesto que cada régimen emocional establece unas posibilidades distintas de exploración de objetivos, abre –o cierra– rutas que los individuos pueden seguir transformando su yo, accediendo a nuevas e insospechadas experiencias y elecciones vitales⁴⁹.

El concepto central del trabajo de Reddy, el de *régimen emocional*, permite concebir la posibilidad de que, llegado un momento en que el romanticismo se hizo hegemónico en los países de cultura occidental –o al menos entre sus elites letradas– adquirió una capacidad normativa. El romanticismo, aunque fuera en una versión conservadora y degenerada que habría causado espanto a los pioneros de la primera generación, acabó siendo el régimen emocional que acompañó al régimen político,

47. Peter N. STEARNS y Carol Z. STEARNS, “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”, *The American Historical Review*, 90/4 (1985), pp. 813-836.

48. William M. REDDY, *The invisible code: honor and sentiment in postrevolutionary France, 1814-1848*, Berkeley, University of California Press, 1997.

49. William M. REDDY, *The navigation of feeling: a framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.



PRO La utopía romántica del fourierismo

económico y social del liberalismo (triumfante también en una versión conservadora que poco tenía que ver con las aspiraciones de sus primeros promotores).

El romanticismo, como estilo emocional y quizá más tarde como régimen emocional, dio lugar a profundos cambios que explican que haya que hablar de una *era del romanticismo* no solo en la historia del arte, sino también en la historia política y social. Es difícil precisar la naturaleza exacta de lo romántico, dada su voluntaria indisciplina y heterogeneidad, en la que más que unas normas estéticas precisas, hay una explosión hacia lo desconocido, lo sorprendente, lo contradictorio, lo rudimentario y lo monstruoso. Ese mismo carácter inasible de lo romántico puede ser relacionado con la dimensión también escurridiza de lo emocional, que escapa con frecuencia a las categorías conceptuales de todas las disciplinas académicas. En ese sentido, romanticismo y emociones se corresponden entre sí, pero huyen de nosotros: hay entre ellos una conexión ya sugerida, apenas aprehensible por los investigadores⁵⁰.

50. Joel FAKLAF y Richard C. SHA (eds.), *Romanticism and the Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.